



y el Buerio. El reinado de Alfonso VIII fué glorioso por las grandes acciones con que se vió ennoblecido, siendo una de ellas la conquista de la fuerte ciudad de Cuenca; mas este y otros progresos se detuvieron por una nueva invasion de moros venidos del Africa.

El corto periodo de sesenta y siete años que dominaron los almoravides en España, se explica en razon de que los almoravides, aunque de origen asiático, se hallaban establecidos hacia tiempo en el Africa, sin vínculos de relacion con las tribus del Asia, considerándose por tanto desobligados de todo miramiento para con los árabes españoles, sus correligionarios; y aunque quizá llamados por ellos, entraron en España conquistando lo mismo á los de su religion que á los cristianos, sometiendo á unos y á otros á una dominacion bárbara. Además, la tribu de los almoravides era esencialmente militar, sin cultura y sin civilizacion. No granjeándose el afecto de sus correligionarios, estos les persiguieron tanto como los cristianos. Por ningun hecho importante se distinguió su dominacion. Téngase presente que los musulmanes establecidos en la Península española antes de los almoravides, eran propiamente los árabes, mas los almoravides son los llamados ahora moros, así como los almohades que les siguieron.

Mohammed y Abdel-Mumen, dos sectarios fanáticos reformadores de las costumbres de los musulmanes, predicando en la Mauritania, exaltaron las tribus berberiscas, conquistaron el Africa, que estaba por los almoravides, los arrojaron de España, é hicieron temblar á todos los reyes y estados cristianos. Se llamaron almohades ó unitarios. Destruyeron las instituciones de los almoravides, que eran puramente militares, y sin descuidar lo relativo á las armas, volvieron á dar favor á las ciencias, al estudio y á las artes. La condicion de los árabes españoles mejoró bastante bajo su dominacion luego que pasaron los primeros años de la conquista, y se confundieron con los vencidos. Y una vez confundidos, no tienen otro nombre que el de moros todos los que profesan en la Península la religion de Mahoma. El primer encuentro en que midieron sus armas los ejér-

bitos moro y cristiano, fué el de la desgraciada batalla de Alarcos, ganada por Jacub-Aben-Jucef contra el rey de Castilla Alfonso VIII, y en cuya derrota creyeron ver los cristianos un castigo de Dios por los escandalosos amores del rey con una judía, á la que el pueblo de Toledo alborotado dió muerte en su mismo palacio.

Alfonso VIII, tocado en el corazon con tan inesperado como terrible acontecimiento, y avisado por los preparativos del rey de Marruecos, pidió socorro á los príncipes cristianos de Europa; y el papa Inocencio III publicó una cruzada, que alcanzó de Roma y predicó el arzobispo de Toledo, D. Rodrigo Jimenez de Rada, recorriendo la Italia, Alemania y Francia, volviendo con un ejército de 60.000 infantes y 12.000 caballos. Toledo fué el cuartel general en donde se reunieron todos los cruzados y todos los reyes de España, ménos el de Leon, los que dirigiéndose contra los moros, los encontraron al pié de las montañas de Sierra-Morena, en un lugar llamado las Navas de Tolosa. Allí, el 16 de Julio, se dió la reñida y sangrienta batalla que acabó con la dinastía de los almohades en Africa, que hizo perder para siempre á los moros la esperanza de sojuzgar á los españoles, y cuya memoria ha querido solemnizar la Iglesia en España estableciendo una fiesta con el título de *Triunfo de la Santa Cruz*.

A los dos años murió Alfonso VIII, sucediéndole su hijo Enrique I, de menor edad, gobernando por él su hermana doña Berenguela. Murió á los dos años de rey.

Al fanatismo de los conquistadores africanos, á sus caballeros, rabitos ó fronteros, opuso la España en un principio á los almogavares, como si dijéramos guerrilleros, y más adelante á los caballeros de las órdenes militares. A fines del reinado de Alfonso VII el Emperador tuvo principio la orden militar de Alcántara, llamada antes de San Julian del Pereiro, del sitio en donde la fundaron dos caballeros de Salamanca, llamados D. Suero y D. Gomez, á fin de contener las algaradas ó embestidas que desde Extremadura hacian los moros en tierra de Salamanca. Fué favorecida del rey de



Leon D. Fernando II, aprobada por Alejandro III, y agregada luego por Julio I á la monacal del Cister.

La importante plaza de Calatrava estaba á punto de ser tomada por los moros, y los caballeros Templarios, á quienes se habia encomendado su defensa, miraban como imposible la resistencia, cuando se presentaron al rey de Castilla Sancho III dos monjes cistercienses, fray Raimundo, abad de Fitero, y fray Diego Velazquez, ofreciéndole tomar á su cargo la defensa de la plaza. El rey aceptó sus servicios, y les hizo donacion de Calatrava si lograban mantenerla por Castilla. Habiendo sucedido así, obtuvieron de Alejandro III una bula confirmatoria de su regla y militar estatuto, haciendo con el tiempo importantísimos servicios á la causa de la religion y del estado.

No mucho despues, Fernando II y Alejandro III, el uno favoreció y el otro confirmó la orden de Santiago, que parece existia desde principios del siglo XI, con el objeto de defender á los peregrinos que de toda Europa venian á visitar el sepulcro del Santo Apóstol. Mas ahora algunos señores del reino de Leon, que vivian relajadamente en privado, y en público ejercian un bandolerismo, si impropio de los de su clase, no de su época, arrepentidos de su libertinaje y fechorías, y traídos á sentimientos más cristianos, siguieron el ejemplo de los caballeros de Alcántara y Calatrava, y fundaron una orden destinada á pelear contra los musulmanes y á defender y dar hospitalidad á los peregrinos; siendo su primer maestro D. Pedro Fernandez de Fuente Encalada, del obispado de Astorga, y siendo las casas principales de la orden, San Márcos de Leon y luego Uclés. La orden de Montesa se fundó en el reino de Valencia por D. Jaime III de Aragon, para reemplazar á los extinguidos Templarios. Las órdenes militares, una vez cumplido el objeto para que se habian fundado, que era la expulsion de los árabes, como eran tan poderosas por sus riquezas, privilegios y jurisdiccion, así temporal como espiritual, eran como estados casi independientes dentro de la monarquía, impidiendo el realizarse, como era ya necesario, la unidad política y la de derecho. En su

consecuencia, Fernando V obtuvo de Inocencio VIII la administracion vitalicia de los maestrazgos segun fuesen vacando, creándose el consejo de las órdenes para su gobierno propio. Carlos V consigue más, que es obtener por una bula de Adriano VI la incorporacion perpetua de los maestrazgos á la corona, hasta que la moderna revolucion las extinguió, y el papa inmortal Pio IX, en bien de la Iglesia y de la España católica, suprimió las viciosas jurisdicciones exentas.

D. Fernando III, por renuncia que hizo en él su madre doña Berenguela, fué proclamado rey de Castilla en Valladolid el 31 de Agosto de 1217, entrando en posesion del reino de Leon á la muerte de su padre Alfonso IX. Naturalmente, esta union definitiva de las dos coronas debia engrandecer y alentar el corazon recto y magnánimo de D. Fernando, é inspirarle pensamientos y propósitos dignos de su gran piedad y conformes con los deseos de sus vasallos. Tal es el de acabar con la dominacion musulmana. En efecto; con los auxilios del famoso Jaime el Conquistador, rey de Aragon, parecido casi en todo al de Castilla, se propuso acabar con los dominadores de España, valiéndose de los conocimientos militares de D. Alvaro Perez de Castro, al que nombró general de sus ejércitos, y á quien intrigas palaciegas habian alejado de la corte castellana. Habiéndose apoderado este general de varias plazas de importancia, se encontró ya en el caso de emprender la conquista de Córdoba. Supo el rey esta noticia en Benavente, iba á sentarse á la mesa, pero sin detenerse más que lo necesario para tomar de pié un bocado: «Caballeros, dijo á los que le acompañaban, quien sea amigo y buen vasallo, sígame.» Montó al punto á caballo, y bajo sus órdenes fué tomada la capital del imperio árabe en España. La rendicion de Córdoba fué una inmensa pérdida para los mahometanos, que creyeron, y no sin fundamento, ver destruido su imperio en Occidente.

Tomada Córdoba, y vueltos los árabes de su primera sorpresa, pensaron cuán importante les seria buscar otra ciudad que, sustituyendo á Córdoba, viniese á ser el centro de su go-



bierno y el último asilo de su religion. Mohamed Alhama, nacido con grande ánimo, fué el que concibió este proyecto y lo realizó, fundando un nuevo reino y eligiendo á Granada para su capital. Mohamed Alhama hizo cuanto pudo para que en Granada reviviese la antigua capital árabe, pero sus esfuerzos fueron inútiles para reunir bajo un mismo cetro lo que era todavía de los musulmanes en España, pues el reino de Murcia, el de los Algarbes y el de Sevilla no quisieron reconocerle. Esto, y las discordias interiores de Granada, obligaron á Mohamed, para conservar su nuevo reino, á firmar una paz poco decorosa con el rey de Castilla, haciéndole homenaje de su corona, poniendo en sus manos la fortaleza de Jaen y obligándose á pagar un tributo. El hábil Fernando III no concedió la paz á Granada sino para emplear todas las fuerzas contra Sevilla, que hacia mucho tiempo deseaba conquistar, como lo hizo despues de un sitio largo y sangriento.

Débase á él el pensamiento de uniformar la legislación de sus reinos, que recomendó á su hijo; quizás la creación del Consejo de Castilla, la fundación y dotación de la universidad de Salamanca, y las primeras obras de estilo gótico puro en la iglesia metropolitana de Toledo. En fin, cuando meditaba nuevas empresas contra el imperio de Marruecos, el Señor le llevó á mejor vida en Sevilla, donde se conservan sus reliquias, venerándole la Iglesia como Santo.

Sucedió á D. Fernando su hijo D. Alfonso X. Sus *Tablas astronómicas*, el *Espejo de todos los derechos*, el *Fuero real de España*, el *Código de las Siete Partidas*, la *Estoria de Espanna y su grande et general Estoria*, las *Cantigas á la Virgen* y las *Querellas*, con otras muchas obras, así en prosa como en verso, que compuso, y el dar autoridad legal á la lengua castellana, por haber ordenado que en los instrumentos públicos no se usase de otro idioma que del castellano ó romance, proscribiendo para esos usos el latín, todo esto prueba que poseía muchos conocimientos y muy superiores á los de su época, que era un fenómeno de saber en su siglo, y que justamente la poste-

ridad le da el dictado de *Sábio*, pues era astrónomo, legislador, historiador, poeta, filólogo y moralista.

Como rey, no merece tan alto lugar en la Historia. El Estado comenzó á decaer de la grande altura en que le habia dejado San Fernando, continuando cada vez más hasta Alfonso XI. Habiendo gastado considerables sumas de dinero el rey Sábio en esos trabajos literarios, en sus pretensiones á la corona de Alemania, en alguna que otra expedición contra los moros, y en atraerse á la nobleza, entonces discolá y descontentadiza, el Erario se resintió de tales prodigalidades; y no atreviéndose don Alfonso á recargar con nuevos impuestos á sus vasallos, creyó salir del apuro alterando el valor de la moneda en diferentes ocasiones. Esto fué bastante para que todos los brazos del Estado se declarasen en rebelión, y sobre todo los nobles, quienes resentidos contra don Alfonso por la publicación del gran *Código de las Siete Partidas*, que amenguaba su autoridad señorial, le hicieron una guerra obstinada, y sirvieron en adelante de obstáculo y se opusieron tumultuariamente al ejercicio del poder real.

Durante un viaje que hizo á Francia Alfonso el Sábio á avistarse con el papa Gregorio X, á fin de activar sus pretensiones al imperio de Alemania, murió su hijo mayor el infante don Fernando, cuyo suceso vino á complicar más el estado de los negocios. Su hijo segundo, don Sancho IV, supo captarse con tal arte el afecto de los *ricos-hombres*, que todos le reconocieron por el inmediato sucesor, con preferencia á los hijos del primogénito D. Fernando. Vuelto el rey Alfonso, su padre, solicitó de él que confirmase el reconocimiento de los *ricos-hombres*, con exclusion de los hijos de su hermano don Alfonso y D. Fernando de la Cerda. Con arreglo al *Código de las Siete Partidas* no era admisible la pretension de D. Sancho; pero al tenor de la consulta que el rey hizo al Consejo é informe que este dió, fallando valer más el parentesco inmediato de hijo con padre que el de representación en los nietos de otro hijo ya difunto, fué jurado en las Cortes de Segovia D. Sancho por sucesor á la corona. Esto divi-



dió á las ciudades y á los nobles en bandos, que empuñaron las armas llegado el caso.

Las pretensiones de los infantes de la Cerda contra D. Sancho, el favorecer la Francia á los infantes por su madre doña Blanca, hija de San Luis, el interesarse por ellos el rey de Aragon, en cuyos Estados vivian, y el reclamar el infante D. Juan, hermano de D. Sancho, la ciudad de Sevilla, que su padre le habia dejado en testamento, pero cuya disposición ni el rey ni las Cortes quisieron cumplir por evitar desmembraciones en los dominios de la corona, y por último, las rivalidades y luchas de la poderosa é insubordinada nobleza castellana, tales fueron las causas del turbulento reinado de D. Sancho, á quien sobró valor y faltó prudencia para reinar en estas circunstancias. Pasó toda su vida en una continua lucha contra los que de derecho ó sin él aspiraban á ser reyes: ¡justo castigo de Dios por haberse rebelado contra su padre!

Habiendo D. Sancho conquistado á los moros la plaza de Tarifa, confió su custodia á don Alonso Perez de Guzman el Bueno. Sitiáronla luego los de Marruecos, mandados por el infante D. Juan, hermano y enemigo del rey, y conociendo la dificultad de la empresa, y sabiendo que D. Alonso tenia un niño de pocos años en un pueblo cercano, se apoderó de él, y le presentó á su padre intimándole que si no le entregaba la plaza degollaría á su hijo. El noble D. Alonso arrojó desde la muralla un cuchillo para que el despiadado infante consumiese su alevosía, á fin de hacerle ver que nada le arredraba y que por nadie entregaría la plaza. D. Juan consumió su crimen, pero la plaza se sostuvo. Al poco tiempo murió el rey D. Sancho.

Terminaremos esta época con una breve reseña de la transformación de las escuelas monásticas y episcopales en universidades.

Hasta Gregorio VII, la dureza de los tiempos no permitió á los germanos hacer verdaderos progresos en las ciencias, á pesar de algunos esfuerzos vigorosos que prometían buenos resultados. En el siglo X se habian casi borrado del todo los últimos vestigios del genio de Carlo-Magno. Sólo en siglo XI fué cuan-

do se crearon establecimientos destinados al estudio, y en donde el deseo de saber se desarrolló con tanta rapidez, que en su famosa escuela del Bec, Lanfranco de Pavía fué rodeado de alumnos; su claustro fué mirado como el centro de los buenos estudios; los discípulos del piadoso Anselmo de Cantorbery, muerto en 1109, fueron comparados á un verdadero ejército, y un poco más tarde se vió que una multitud de oyentes seguía á Abelardo al desierto, reputándose felices de conservar el alimento del alma, contentándose con dar al cuerpo los frutos de la selva.

Contribuyó poderosamente Gregorio VII á que el espíritu humano tomase este camino; porque su victoria fué el triunfo de la inteligencia sobre la brutalidad y la violencia. Merced á la actividad de los monjes, empezaron á reaparecer los más célebres autores de la antigüedad, se esparcieron por todas partes, y facilitaron los estudios literarios. En las escuelas claustrales y episcopales habia excelentes maestros, que daban con gozo y libremente la instrucción, por la que les estaba prohibido percibir retribución alguna. A medida que se fué vulgarizando este espíritu nuevo, se vió cómo escuelas inferiores se trasformaron en universidades, las cuales, no atreviéndose á abarcar todavía la totalidad de las ciencias, se contentaban con cultivar algunos de sus ramos, tales como la medicina en Salerno, el derecho en Bolonia en 1200, la dialéctica y la teología en Paris en 1206 (1). Sin embargo, ya se recono-

(1) Además de estas tres universidades, pueden contarse las siguientes, que fueron creadas en la misma época: 1.º En Italia: Vicenza, 1204; Pádua, 1222; Nápoles, 1224; Verceil, 1223; Plasencia, 1246; Treviso, 1250; Ferrara (1264) 1391; Perusa, 1276; Roma, 1303; Pisa, 1343 y restablecida en 1472; Pavía, 1361; Palermo, 1394; Turin, 1405; Cremona, 1413; Florencia, 1438; Catana, 1445.—2.º En Francia: Montpellier (1180) 1289; Tolosa, 1228; Lyon, 1300; Cahors, 1332; Aviñon, 1340; Angers, 1364; Aix, 1409; Caen, 1433 (1450); Burdeos, 1441; Valence, 1452; Nantes, 1463; Bourges, 1465.—3.º En Portugal y en España: Palencia, 1180? Salamanca, 1240; Lisboa, trasladada á Coimbra, 1290; Valladolid, 1346; Huesca, 1354; Valencia, 1410; Sigüenza, 1471; Zaragoza, 1474; Avila, 1482; Alcalá, 1499 (rest. 1508); Sevilla, 1504.—4.º En Inglaterra: Oxford, 1249; Cambridge, 1257.—5.º



cia la union íntima de las cuatro principales ciencias, y una ingeniosa tradicion hacia mirar como hermanos á los tres grandes maestros de la época: Pedro Lombardo, célebre teólogo; Graciano, sábio catedrático de derecho canónico, y Pedro Comestor, famoso autor de la historia escolástica. Se sentia la correspondencia de las cuatro ciencias maestras con las necesidades del hombre, y se consideraba la teología como el término de todas las ciencias, de la propia manera que el Verbo divino es el alfa y omega de todas las cosas.

Los estudiantes se dividian en naciones, gobernadas por procuradores (*consiliarii vel procuratores nationum*), elegidos por los decanos, otros dignatarios que presidian las subdivisiones formadas de provincias y diócesis. Los procuradores elegian al rector (1). Estas universidades tuvieron generalmente un origen eclesiástico en lo concerniente á sus rentas y al interés con que las honraron los papas. Inocencio III, por ejemplo, mandó que la universidad de Paris tuviese ocho catedráticos de teología, cada uno de los cuales estaria obligado á estudiar las otras ciencias durante ocho años, y cinco la teología, antes de entrar en el uso de sus funciones. Si el estudiante no era eclesiástico y carecia de beneficio, cuidaba la Iglesia de atender á sus gastos para evitarle la distraccion por las necesidades de la vida. Para colmo de precauciones, en las poblaciones en que habia universidades se procuraba, hasta con la amenaza de penas espirituales, que los artículos de consumo no se encareciesen de una manera exorbitante. Cuandó en la Iglesia ó en

En Escocia: San Andrés, 1412; Glasgow, 1454; Aberdeen, 1447.—6.º En Borgoña: Dole, 1426.—7.º En el Brabante: Lovaina, 1426.—8.º En Alemania: Viena, 1365; Heidelberg, 1387; Colonia, 1388; Erfurt, 1392; Ingolstadt, 1401; Warzbourg, 1403; Leipzig, 1409; Rostock, 1419; Greifswalde, 1456; Friburgo, 1457; Basilea, 1460; Tréveris, 1472; Tubingen, 1477; Maguncia, 1477; Wittenberg, 1502, Francfort sobre el Oder, 1506.—9.º En Bohemia: Praga, 1347.—10.º En Polonia: Cracovia (1347) 1400.—11.º En Dinamarca: Copenhague, 1479.—12.º En Suecia: Upsal, 1477.—13.º En Hungría: Funfkirchen, 1367; Ofen, 1465, y Presburgo, 1467.

(1) Son notables sobre esta materia los sábios estatutos de la antigua universidad de Salamanca.

el Estado se trataba de algun negocio grave, se pedia el parecer de los catedráticos, y muy á menudo se estaba por lo que ellos decidian, como lo prueban de una parte el sínodo de Gerstungen en 1085, y de otra el parecer de los catedráticos á la Dieta de Roncaglio.

#### ÉPOCA DÉCIMATERCERA

##### Caida del imperio de Oriente

Dos siglos abarca esta época; dos siglos de movimiento y luchas, de fe en las inteligencias, y de mal reposados vicios y pasiones en el secreto fondo de los corazones; dos siglos de nuevos triunfos para la ciencia católica, para el arte religioso; para la sociedad un gran número de instituciones; dos siglos de paz, de discordias y bárbaras luchas intestinas, que conmueven al mundo y ensangrientan su suelo, y enloquecen los ánimos y retardan é impiden para lo porvenir el maravilloso iniciado concierto entre lo espiritual y lo temporal, único lazo de misteriosa, pero cierta salvacion social, para los pueblos de ayer, de hoy y de mañana.

Epoca grande en verdad, no sólo estudiada bajo la dulce impresion del sentimiento, sino al través de la fiel é imparcial crítica de la más severa razon. Es la época de la *mística* y de la *escolástica*, tan desnaturalizadas y ácremente impugnadas por los apóstoles del moderno error, por cuya virtud conviene que dejemos de antemano consignados ligeramente sus conceptos, pues si hemos de considerar más bien lo espiritual que lo terreno en la ciencia histórica, antes debemos desentrañar y generalizar las ideas que no los hechos aislados, sin que incurramos por esto en el idealismo de los historiadores racionalistas.

La escolástica y la mística debieron su origen á un solo y mismo esfuerzo del espíritu, que se manifestó bajo dos aspectos diferentes, aplicándose, ya á la clara percepcion, ya al sentimiento profundo de las cosas.

El alejamiento de Dios por el pecado, y la reconciliacion con Dios por la gracia, son las ideas fundamentales del cristianismo. Luego, como al separarse de Dios el hombre ha sido muerto, no tan sólo en su vida moral, si que

Años  
después de  
J.-C.  
1270 á 1453



tambien en la intelectual, es preciso que el cristiano, á medida que adquiere la conciencia de sí mismo, procure restablecer la union y semejanza del hombre con Dios por su inteligencia y voluntad, por la ciencia y por la vida práctica. Efectivamente, lo que es la teoría para la práctica, lo es la escolástica para la mística; y nada quizás caracteriza mejor esta grande obra de la restauracion católica en la Edad Media, como estas palabras de Ciceron: *Vetus quidem illa doctrina eadem videtur, et rectè faciendi et benè dicendi magistra.*

Por de pronto, ¿qué es la escolástica en su esencia? Un racionalismo sobrenatural. La escolástica parte de la enseñanza de la Iglesia, y se esfuerza en hacer ir acordes la fe y la razon, y en hacer salir la ciencia de la fe. A imitacion de Origenes, su objeto es reducir á sistema el dogma, y fundar una filosofía de la religion. La misma tendencia habia prevalecido en los primeros siglos. De aquí es que todos los escolásticos ortodoxos sostuvieron con los alejandrinos, San Agustin y Escoto Erigena este principio fijo, á su modo de ver: *La fe precede á la ciencia y fija sus límites y condiciones.* Partiendo de este principio, llevaron hasta las consecuencias más absolutas la teoría de la percepcion y de la idea, como se vió, por ejemplo, en la disputa del nominalismo y del realismo.

Háblase mucho de los elementos que Platon y Aristóteles han suministrado á la escolástica, y aun los hay que les atribuyen una influencia decisiva en su direccion general; mas en el fondo, ni el uno ni el otro tienen relacion esencial é íntima con la escolástica, ó con la filosofía de estos tiempos. No pretendemos negar por esto que Platon haya llamado la atencion de los teólogos escolásticos por la analogía de su doctrina con los principios de la revelacion, y su ardiente deseo de llegar por la ciencia á algun resultado positivo y práctico. Por este motivo, los Padres de la Iglesia le habian llamado el Moisés ático, y consideraban la profunda inteligencia del *padre y jefe de la filosofía*, como le llama San Ambrosio, como el primer resplandor de la revelacion naciente. San Justino mártir y Clemente de Alejandria habian

hablado ya con entusiasmo de los pensamientos y lenguaje del *maestro por excelencia*, y no temieron en apropiarse algunas partes de su filosofía en todo aquello que no se relacionaba con el dogma. Más tarde, cuando por la caida de Origenes se siguió algun menoscabo á la reputacion de Platon, Agustin siguió en algunos puntos al filósofo y le prestó nombre y autoridad. Es igualmente innegable que Aristóteles ejerció una autoridad poderosa en la Edad Media, y se conoce la influencia de estos dos axiomas de su metafísica y de su lógica: 1.º No hay más ciencia verdadera que la de las cosas necesarias y generales; 2.º Toda ciencia se compone de tres cosas: de principios, definiciones y demostraciones, ó en otros términos, de silogismos. Pero la influencia de Aristóteles y de Platon no fué más que mediata, y como lo habian hecho precedentemente Boecio y Casiodoro, se echó mano de los elementos peripatéticos y platónicos de una manera esencialmente cristiana. El mismo espíritu que indujo á Boecio á traducir la *Lógica* del Estagirita, condujo á Reichard á explicar las *Categorías* en el convento de San Burghard en Wurtzbourg. Otro tanto puede decirse de Alberto Magno, de Santo Tomás de Aquino y de otros escolásticos, que contribuyendo con sus comentarios á vulgarizar á Aristóteles y Platon, se valieron de ellos para sus propias exposiciones cristianas. Conocian más particularmente á Platon por la obra de San Agustin sobre la *Ciudad de Dios*, en donde este gran Padre considera la filosofía platónica bajo muchos respectos, pero siempre bajo el punto de vista cristiano. Los escolásticos siempre supieron distinguir el fondo de la forma dialéctica. Para el fondo se recurría á Platon, y para la forma silogística se acudia á Aristóteles. Sin embargo, escolásticos muy célebres, tales como San Anselmo y San Buenaventura, se emanciparon completamente del rigor silogístico, y dieron rienda suelta á su espíritu. Esta notable actividad de los escolásticos de la Edad Media ha llamado la atencion de los grandes espíritus de todos los tiempos, y ahora se empieza á apreciarla como se debe. Sólo ha sido negada á la escolástica su importancia científica por la parcialidad ó medianía que ha desdeñado la



especulación, por parecerle demasiado árdua ó demasiado peligrosa. Todos los profundos pensadores, así de la Iglesia como de fuera de ella, desde Bossuet y Leibnitz hasta Hegel, la han altamente apreciado. Nadie seguramente piensa en resucitar el ergotismo; pero aquella ciencia, aquella energía del pensamiento que distinguía á la escolástica, su respeto, su amor caballeresco, su ardor por la verdad, ¿quién en nuestros tiempos no quisiera verlos reaparecer? ¿Quién no desearía ver tomar á la teología en la propia fuente ese fecundo vigor de que por desgracia está privada, desarrollar lo que la escolástica había comenzado con tanta energía, seguido tan vivamente y adelantado tanto, y demostrar al fin, especulativamente y por la ciencia, las verdades que los hechos y la historia nos han colocado fuera de duda?

Lo que hemos dicho de la escolástica se aplica igualmente á la mística de la Edad Media. Esta tomaba sus inspiraciones del Evangelio de San Juan, de los escritos de Didimo y de Macario el Antiguo, y sobre todo de los de San Dionisio el Areopagita, por el cual se unía á la escuela neoplatónica. Los místicos, como los neoplatónicos, prescribían la mortificación de los sentidos para alcanzar una union práctica, santa y viviente con Dios. Conviene, sin embargo, no olvidar aquí una diferencia esencial y muy á menudo desconocida: la mística cristiana, partiendo del hecho de la caída primitiva, tiende á restablecer la union y semejanza del alma con el espíritu divino, mientras que el neoplatonismo, desconociendo la caída original, pretende llegar á la absorcion total del alma en Dios, que es lo que constituye el panteísmo. Por lo mismo, la primera se abstiene de hacer abstracion de la materia y del cuerpo, como los platónicos; á su vista el cuerpo es una cubierta necesaria, manchada, en verdad, con el pecado original, y que pone estorbos, no á la deificación del alma, que es imposible, sino á su actual semejanza con Dios.

La escolástica y la mística son, pues, la una para la otra, lo que la ciencia es para la vida. Mientras que la primera tan sólo se ocupa en los principios teóricos, la segunda tiende á realizar inmediatamente los datos de la fe; la

una se ocupa principalmente en investigaciones científicas, mientras la otra enseña de una manera positiva y por medio de una predicacion viviente. De aquí proviene el que todos los místicos, desde San Bernardo hasta Tomás de Kempis, fueron ú oradores distinguidos, ó escritores edificantes. Gerson, no ménos versado en la escolástica que en la mística, que sabia apreciar su valor respectivo y sus derechos, limitaba su esfera y relaciones con estos términos: «En la escolástica domina el poder de la inteligencia para percibir la verdad (*potentia intellectus circa verum*); en la mística domina el poder de las afecciones para gustar el bien (*potentia affectuum circa bonum*).» El autor de la *Imitacion* nos revela el mismo pensamiento cuando dice: *Opto magis sentire compunctionem, quam scire ejus definitionem*, libro I, c. I.

Este contraste, resultado ordinario del desarrollo activo del espíritu humano, era sobremañera necesario en los tiempos de que se trata. La mística produjo las cruzadas, la arquitectura gótica y otras consecuencias del mismo género, y tomó cuerpo, por decirlo así, en los templos góticos antiguos. En efecto, ¿no son acaso ellos la expresion de un sentimiento profundo, que, lleno de amor y de ardor, se eleva hácia el Omnipotente en alas del entusiasmo? El espíritu suspira en las ojivas de las catedrales como en las páginas de Tomás de Kempis. Pero sin la escolástica, la mística hubiese degenerado luego, porque á menudo veía las cosas por un solo lado, y apreciando únicamente la práctica, desconocía el valor real de la ciencia y caía más fácil y frecuentemente en el error que la escolástica. Pero esta, á su vez, necesitaba la mística y su reaccion para no separarse desde luego de la vida positiva. Tambien ella se encuentra como materializada en las catedrales antiguas, porque esas bóvedas y columnas que se arrojan en el espacio para perderse en delicadas ramificaciones, en figuras casi imperceptibles, y sin embargo, ejecutadas con un primor delicado, parece son la imagen de las cuestiones, de las tesis, de las respuestas, de las distinciones y de los numerosos y sutiles casos de la escolástica. Por esto,



el verdadero teólogo reúne en sí las dos tendencias: la profundidad íntima del sentimiento con la claridad de la concepcion y la perspicacia del pensamiento. Y en efecto, así es como sucedió en los principales personajes de la Edad Media, como un Hugo de San Victor, San Buenaventura y mil otros.

Entre los primeros hombres que manifestaron claramente esta doble tendencia en sus obras, conviene contar á Escoto Erígena, en el cual la forma es viva ni más ni ménos que la ciencia. En cierta manera se le ve filosofar en el diálogo de su principal obra, en donde se descubre la secreta ocupacion de un genio, cuyas especulaciones más atrevidas corresponden á los más profundos sentimientos. Por esta razon empieza por Erígena el primer período de la escolástica, y se extiende hasta Pedro Lombardo y la escuela de San Victor. Llega á su apogeo bajo la direccion de los franciscanos y dominicos en el segundo período, que se extiende desde Alejandro de Hales á Duns-Escoto, y empieza á decaer y cae en el tercer período, que termina en el Renacimiento.

Digno es de especialísima mencion aquel genio del siglo XIII, que es á la par que gloria á Italia, gloria de Europa, gloria de la ciencia católica, y de la órden esclarecida á que perteneció, Santo Tomás de Aquino.

Tomás, hijo de los condes de Aquino en la Calabria, fué educado en el Monte Casino; manifestó deseos de hacerse religioso, y los benedictinos procuraron atraer á su congregacion un hombre de un talento tan eminente; pero la carrera más vasta en que marchaban los dominicos lisonjeaba mucho las esperanzas del joven. Entró, en efecto, en esta órden á disgusto de sus padres y hermanos, y pasó á Colonia cerca de Alberto el Grande. Poco despues fué Tomás catedrático en esta ciudad (1249); más tarde, en el año 1257, lo fué en Paris, en Roma y en otras ciudades de Italia. Rehusó el arzobispado de Nápoles. Debe ser colocado entre los más grandes teólogos de la Edad Media, y aun en primera fila, si se tiene en consideracion la vasta extension de su saber y el genio profundamente filosófico que le caracteriza (*doctor angelicus*). Doctor á la vez espe-

culativo y eminente dialéctico, pertenece Santo Tomás igualmente á los místicos y á los escolásticos. Desgraciadamente, su principal obra teológica (*Summa totius theologie tripartita*) no está concluida. El pensar en su muerte, cuya época precisa él mismo predijo tres meses antes, en el momento de partir al concilio de Lyon, hizo que renunciase á toda especie de estudio, para ocuparse únicamente en la eternidad. Murió el 7 de Marzo de 1274.

Se han añadido algunos extractos de sus lecciones á la tercera parte de su *Summa*; lo restante tiene que completarse con su *Comentario sobre Lombardo*. Al exponer Santo Tomás su sistema en esta obra, que seguramente es la más importante de cuantas han producido los escolásticos, se adhiere francamente á San Agustin, de quien, segun el juicio del cardenal Norris, tan competente en estas materias, es el mejor comentador. Mas al propio tiempo se nota en el doctor angélico la influencia de Hugo de San Victor, al que de otra parte miraba como á su maestro. Injustamente se ha sostenido que la gran *Summa* no fué destinada por el santo á ver la luz pública, y que meramente era un extracto de sus lecciones puesto en órden. Esta asercion tan sólo es cierta en lo concerniente á la tercera parte. La segunda encierra dos subdivisiones: en la primera (*prima secunda*), intitulada *De virtutibus et vitiis in genere*, desarrolla los principios de la moral universal; la segunda (*secunda secunda*) encierra los de la moral especial, hasta entonces reunida á la dogmática por otros escolásticos, excepto Abelardo, cuya moral sin embargo es más bien filosófica que cristiana y teológica. La *Summa* procede del principio al fin por cuestiones; á una primera solucion poco profunda sigue otra más completa. La introduccion prueba que la teología es una verdadera ciencia, por más que descansa sobre la historia, porque los hechos históricos están basados en ideas. La teología ocupa el primer lugar entre las ciencias, porque el mismo Dios la dió, está apoyada en la revelacion, y se distingue, por lo tanto, de una teología secundaria ó natural que no forma más que una parte de la filosofia. Segun Santo Tomás, cuando se disputa con incrédulos y here-